



Las Crónicas de Pedro Rojano

INDIA I.
Pisando la tierra de Ghandí



La ciudad de Delhi es un caos de tráfico y ruido empañado por una atmósfera grisácea que casi no permite el paso de la luz del sol. Hace un calor nada compasivo y todo se mueve eléctricamente por las enormes avenidas y los callejones diminutos que componen la red viaria. La gente es muy amable, yo diría que exageradamente, pero aunque algunos tratan de



ganarse tu amistad para conseguir algo, lo cierto es que otros muchos lo hacen sin interés alguno.

Nos han mostrado las calles en los mapas, nos han guiado por los callejones en busca de la oficina de turismo, se han reído con nuestra mala pericia al cruzar las calles sin semáforos, se han mostrado tolerantes ante la prepotencia de nuestra NIKON. Lo mejor hasta ahora, la solidaridad de una familia que intercambió su sitio en el avión con el de Sonia, ya que la British Airways nos había separado con seis filas de diferencia.

No hizo falta decir nada: una señora se dio cuenta y se ofreció a cambiar su asiento. Fue un generoso gesto que nos daba la bienvenida a este país.





Rajib Al Sahib es el conductor del taxi que nos lleva al hotel. Es natural de Lahore, sus padres emigraron a Delhi cuando era demasiado pequeño. Ha vivido en esta ciudad desde entonces y no ha salido de ella. Se gana la vida trasladando pasajeros del aeropuerto al centro de la ciudad. Lo hace bien, esquivando sin dificultad a todo el que se interpone. Los turistas se asustan, pero en cuanto comprueban su pericia saben que no hay nada que temer. Cuando los mira a través del retrovisor de su TATA INDIGO, con sus caritas de leche, sus enormes cámaras y los ojos asustados, sonríe y trata de que no se sorprendan por la cantidad de criaturas que se amontonan en las calles, que sobreviven como pueden: THIS IS INDIA, MADAM. Es un buen trabajo el suyo, dice. Conoce el trayecto tan bien como las manchas del techo del INDIGO. Sobre todo porque para él, esas manchas son las únicas estrellas del pequeño cielo donde vive y del que vive.





Las Crónicas de Pedro Rojano

INDIA II.
Una espera incierta



Fuerte Rojo

Lo que más llama la atención en Delhi nos son los anchos bulevares flanqueados por edificios de la época colonial que se alzan majestuosos y, en su mayoría, albergan oficinas gubernamentales, ni los jardines frondosos y en perfecto cuidado que rodean dichos edificios.



Tampoco son las que más llaman la atención las sólidas murallas del fuerte Rojo, ni los andamios de bambú que trepan por ellas poniendo en riesgo la integridad de los restauradores que los utilizan.

No es lo más llamativo la formidable tumba de Humayun formada por cinco solemnes edificios alineados uno tras otro y entreverados por jardines y fuentes que evocan las mil y una noches.



Tumba de Humayun

Ni tampoco la Puerta de la India (emulación asiática del arco del Triunfo parisino que homenajea a los soldados indios que dieron sus vidas por el imperio británico en la primera guerra mundial).



Puerta de la India

O el caos circulatorio que exaspera el occidental sentido del equilibrio, o los barrios más pobres apiñados de casas que apenas dejan pasar la luz entre sus calles y donde montones de excrementos de vaca y basura se asoman a la vista indignada del viajero occidental, y esas estaciones de trenes cuyas entradas tienes que cruzar como si de un río se tratara, pero un río de personas esparcidas por el suelo que aguantan pacientes la llegada de su tren: todo eso tampoco llama tanto la atención, sobre todo porque antes de visitar la India es usual haberlo visto en fotografías, en reportajes y se puede leer en los innumerables foros de Internet.





Lo que más me llamó la atención en Delhi fue contemplar la espera. Al pasar por las calles, si afinas la vista, verás de vez en cuando a personas que acuclilladas en la acera esperan con la mirada perdida en un horizonte incierto, cubiertas con ropas andrajosas y el pelo enmarañado.

Esperan, esperan, y no logro adivinar por qué. A veces me topé con grupos enteros de personas a la espera, como si fuera una despiadada parada de autobús. Agachadas ante el estrés del tráfico, esperan no esperar nada.





Quizás la India sea el país de la eterna espera, de la resignación ante la mala suerte: de esa espera por otra vida mejor que vendrá tras esta. Por eso creo que la pobreza que he visto en las calles no tiene nada de reivindicativa: aquí supone algo perenne, algo que se acepta y nadie, excepto su dios podrá remediarla hasta después de la muerte.

Los europeos no estamos acostumbrados a esperar, ni por supuesto a esta clase de conformismo (quizás a otro sí). Puede que la India sea un lugar donde se puede aprender algo más que lo que cuentan las guías.





Las Crónicas de Pedro Rojano

INDIA III.
Varanassi, la ciudad bucle



Varanassi



Sí eres de los que te conformas con ver el espectáculo desde tu butaca, entonces quédate ahí hasta que termine. Te irás a casa satisfecho con el ingenio de los cómicos; pero si eres de los inconformistas, de aquellos que quieren ver qué se esconde tras los bastidores: entonces ven conmigo a Varanassi.



Rickshaws





Porque Varanassi es quizá la ciudad del mundo donde se representa el ciclo de la vida; donde la vida y la muerte cruzan de la mano sus calles laberínticas y herméticas. Angostos cauces por donde la vida discurre a borbotones, camina indiferente al hedor, mezcla de orín humano y excremento de vaca;, pasea por improvisados estercoleros en las esquinas donde niños y niñas juegan desnudos. Será complicado abrirte paso entre sus coloridos comercios donde se apaña toda posibilidad de negocio.

Tendrás que esquivar a los mendigos asfixiantes y a los guías, y las motos y los autotrickshaw, los carros de fruta, el intenso olor a refrito que desprenden los kioscos de comida, y las vacas sagradas campando a sus anchas con escolta de moscas.



Pero debes insistir en traspasar el umbral hasta llegar al Ganges: bajarás las escaleras de cualquier Ghats y te toparás con un río santo que tiene el ancho de un campo de fútbol y el color del café con leche. Entonces siéntate y contempla, no trates de entender nada, no te esfuerces. Todo está impreso en el lodo que cubre las plataformas.



Déjate seducir por el colorido de los saris, de los kioscos de ofrendas florales, de las lavanderas, de las telas extendidas al sol.

Déjate cautivar por el chapoteo alegre de los niños de piel de alabastro, déjate conmover por el delicado pudor con que las mujeres se enjabonan bajo las anchas telas de sus vestidos, o por la natural frescura en los hombres en calzoncillos escurriendo sus ropas sobre las losas.



Quédate impresionado al fin con las llamas rojas de las piras funerarias de los muertos, quienes una vez bañados en el Ganges son tendidos sobre un rímero de troncos para hacer el último viaje hacia otra vida mejor. Imprégname de su ceniza que parece flotar como un alma sobre los vivos. Graba en tu memoria el olor de la carne quemada.



Es ese instante en que la muerte vuelve a darse la mano con la vida, puesto que para ellos este viaje no es desgraciado, sino una alegría por despedir a un ser querido que viaja hacia otro destino de felicidad cierta.

No encontrareis a nadie llorando en estas ceremonias, todo es simple, como el ocaso a ras del horizonte.

Es Varanassi una ciudad de extremos, donde unos se empeñan en sobrevivir sobre la miseria y otros llegan para esperar la muerte.



Madera para piras funerarias

Mi nombre es Sharda Devi, nací en Amrisat y he viajado durante años para llegar hasta aquí. Me contempláis vieja, con la piel adherida a los huesos, con los ojos hundidos como pozos sin agua, cubierta con un simple Sari sin más detalle que la blancura con que lo conservo. Nací en una casta inferior y he dedicado mi vida a sobrevivir como pude.



Tuve hijos, algunos murieron y otros... también. Ya sólo me resta paciencia para aguardar la caridad en este edificio sórdido junto al Manikarmanika Ghats.

Necesito reunir el dinero suficiente que cuesta mi pira. Un kilo de madera 150 Rupias, a cambio te impondré las manos en la cabeza para bendecirte y desearte una vida mejor. Dentro de unas semanas, cuando haya podido reunir lo suficiente, me bañaran por última vez en el Ganges y una vez purificada me dispondré a vivir de nuevo y olvidar de una vez lo que he vivido.

